

Romance de la evaluación

La sesión de evaluación
dispuesta a empezar estaba
el tutor que era de Lengua,
dijo que todos callaran
y pidió a la Orientadora
que, por favor, se sentara.

La Orientadora, psicóloga,
tiene en propiedad su plaza
desde que la LOGSE impera
en los Centros de Enseñanza.
Sabe al dedillo la Ley,
habla con la jerga bárbara
de los psicopedagogos
y de la fauna logsiana.

Comienza la evaluación,
las notas así se cantan:
Iván Peláez Borrego.
Con este mozo, ¿qué pasa?
A éste le quedan seis.
Titulación denegada.

Pero habló la Orientadora,
y de esta manera hablaba:

“No nos permite la LOGSE
hacer tan gran canallada
si algún alumno o alumna
no superase algún área
siendo con insuficiente
evaluado o evaluada;

debe discutirse aquí
si es persona preparada,
si domina las destrezas
los objetivos de etapa,
si se ajustan los diseños,
si se dan las circunstancias,
si se hizo adaptación
al chaval o a la chavala,
si de los procedimientos
se llevó relación clara
y si de las actitudes
quedó notoria constancia.
¿Detectáronse con tiempo
todas esas problemáticas?
¿Se hicieron los formularios,
y programaciones de aula?
¿Motivósele al efecto con
estrategia adecuada?
¿Hízose por el tutor
en la clase un sociograma?”

Muchos de los profesores
se miran, piensan y callan.
Hízose largo silencio,
ni una mosca se escuchaba.

Luego el de Historia allí habló.
Bien oiréis lo que contaba:
“¡Pero si este mozalbete
las más de las veces falta.
Y cuando viene, molesta,
grita, juega, se levanta;

nunca atiende al profesor,
no estudia, jamás trabaja;
no se está quieto un momento,
de los profesores pasa,
es deslenguado, soez,
torpe, necio y tarambana.
¿Cómo darle el mismo título
que al que se aplica y se afana
y saca muy buenas notas
y cumple normas y pautas?
Sería inicua la injusticia,
sería una indecente práctica,
sería de los calzones
hacerse la gran bajada.”

Los profesores se miran
y, con voz amortiguada,
se comentan a la oreja
las cosas que allí se tratan.
Los más parecen de acuerdo,
otros niegan y rechazan.

“¡Como podéis decir eso!”
-la Orientadora proclama:
“¡No queréis tener en cuenta
la normativa aprobada!
¿Te has leído el plan de Centro?
¿Has repasado las páginas
de los valiosos Diseños
Curriculares de Etapa?
¿Practicar la evaluación
continua y bien adaptada?
¿No aplicas en la tu clase
la enseñanza igualitaria?
Si el muchacho no te atiende,

será porque usas la práctica
de la lección magistral,
que es retrógrada y nefasta.
Debes dar motivación,
y educación y enseñanza,
descender de la tarima,
que es plataforma tiránica;
debes ser más solidario
con chavales y chavalas,
darles menos contenidos
que no hacen mucha falta
y mirar sus intereses,
captar bien su idiosincrasia
y educarles en valores
de sociedad democrática;
ser más tolerante y lúdico,
ser con ellos camarada
y mostrarte comprensivo
en cada unidad didáctica.”

“Pero, aprobando yo a éste,
¿quién el título no alcanza?
Veremos el próximo curso
cómo vienen a las aulas
y cursan Bachillerato
así, con toda su cara,
un montón de analfabetos,
inútiles, vagos y maulas;
mozalbetes ignorantes
junto a iletradas muchachas
que no hacen ni la O
con un canuto de caña.”

Subieron las discusiones
arreciaron las palabras

se esgrimieron circulares
leyes, fueros y ordenanzas.
Hablóse allí de principios,
de posturas reaccionarias,
de los derechos humanos
y falta de democracia.
De lo divino y lo humano
todo el mundo allí charlaba.
Llevaban así tres horas
y el personal se cansaba,
hasta que un profesor preguntó:

“A ver cuántas le quedaban
al mozo que, por el título,
la disputa originara.”
“Quedábanle seis”, le responden.
“Pues yo, que doy Matemáticas,
que las tiene muy suspensas,
ahora ya están aprobadas
y sólo cinco le quedan..”
Y la de Francés que estaba
mohína y entristecida,
a punto de echar las lágrimas,
dijo con voz melancólica,
mortecina y apagada:
“Ponle aprobado en Francés.”
“Que apruebe también la Plástica.”
(Sonó la voz del artista,
que tenía enormes ganas
de acabar las discusiones
e irse a pintar a su casa).
“Pues yo, para no ser menos,
le apruebo Cultura Clásica.”

Y aprobando y aprobando,
el typex se chorreaba,
sumergiendo los suspensos
bajo una patina blanca.

El tutor, los suficientes,
prestamente rotulaba:
“Iván Peláez Borrego:
¡Quédanle dos, luego pasa!”